

Leyendas de las tierras de Helárisos V

El corazón del héroe

Pablo Martínez Fernández

Copyright © Pablo Martínez Fernández
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

1ª Edición: febrero 2023

ISBN: 979-8374533941

Diseño de cubierta: Joe A. Arca
Maquetación: Pablo Martínez Fernández

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

*El último, por supuesto,
es para Erban, Nefira, Aikón y Erixëa.
Gracias por acompañarme durante tantos años.*

“En cada latido de tu corazón resuenan los ecos de toda tu vida”

Maragundis ez'Elcatt

Poetisa y filósofa

- I. A la sombra de las Bereskair
 - II. Los valles de Alberanir
 - III. El barón y la dama
 - IV. El bastión del *reiks*
 - V. La mujer sabia
 - VI. Un festín de cuentos y desafíos
 - VII. El Juicio de los Aceros
 - VIII. El camino a Berstad
 - IX. Perros y barones
 - X. El corazón de un guerrero
 - XI. Una luz en la oscuridad
 - XII. Inclinar la balanza
 - XIII. El favor de los Dioses
 - XIV. El *Grat Orlting*
 - XV. El hado de los escaldos
 - XVI. La serpiente y los perros
 - XVII. Los huesos del primer caballero
 - XVIII. La voz más antigua
 - XIX. Camino sin esperanzas
 - XX. En alas de la tormenta
 - XXI. El filo de la falcata
 - XXII. Arde Queitaris
 - XXIII. A través del Umbral
- Epílogo

I. A la sombra de las Bereskair

Caía la noche, y las primeras estrellas comenzaban a despertar en el horizonte. Los pastos susurraban con voces quebradizas, agitados por el frío viento que descendía desde las montañas. La imponente muralla de las Bereskair se alzaba hacia el norte, sus picos oscuros y afilados como colmillos a la moribunda luz del ocaso.

Recostado contra una gran piedra esculpida en forma de cabeza de caballo, Erban se estremeció de frío y echó en falta, una vez más, el reconfortante calor del *Spetión*. Su ausencia no dejaba de atormentarlo, ya fuera durante el sueño o la vigilia, y la tenue melodía que resonaba en sus entrañas apenas le ofrecía consuelo. Espoleado por un creciente desasosiego, echó un vistazo a sus manos para examinar, una vez más, el movimiento sinuoso de los tatuajes.

O lo habría hecho de no ser porque tenía las muñecas atadas a la espalda. Tuvo que desistir tras contorsionarse en vano durante un buen rato.

—¡Estate quieto! —graznó una voz hosca y con fuerte acento—. Como intentes escapar, te juro por mis ancestros que vaciaré una aljaba entera sobre tu espalda.

Una figura voluminosa se cernió sobre él. Pese a la paulatina oscuridad, Erban distinguió la barba enmarañada y los toscos rasgos de Tóluk, el capitán moijur. Su mirada estaba teñida de desprecio, y sus manos gruesas le cogieron de los hombros y lo sacudieron sin miramientos.

—Tentado estoy de sacarte los higadillos, *Kairnós* —barbotó, escupiendo la última palabra como si fuera venenosa—. Pero será el Khanag en persona quien decida tu destino, maldito asesino.

—¡Yo no maté a Berküdei! —protestó Erban, sosteniendo la mirada altiva de Tóluk—. ¡Fue Sinàh-heptú, el *hepta*...!

El moijur le hizo callar de un bofetón. Fue un golpe rápido y certero que dejó a Erban aturdido y con un regusto a sangre en los labios.

—Ahórrate las mentiras, escoria. —Tóluk le dio un golpecito desdeñoso en la frente que le dolió casi tanto como el guantazo—. Yo no soy como ese necio de Môngdi, que se tragó vuestros embustes y os dejó escapar. ¡Que la vergüenza recaiga sobre él y todo su linaje! Pero ya recibirá su merecido, al igual que vosotros.

Con una risita que era más un gruñido, Tóluk se incorporó y le dio la espalda.

—¡Al menos deja que mis amigos se marchen! —gimió Erban. El eco de su propia voz retumbó dentro de su cabeza dolorida, haciéndole rechinar los dientes. Pero Tóluk ni siquiera se dignó a mirarle y volvió junto a los jinetes de su cuadrilla, ocupados en preparar el campamento para pasar la noche.

Todavía mareado, Erban se recostó contra la roca en forma de cabeza de caballo y echó un vistazo a su alrededor. Cerca de él yacía Erixëa, maniatada y amordazada. A su lado dormitaba Aikón, con un feo chichón en la cabeza e idénticas ataduras. Los moijures se habían ensañado con ambos hechiceros, golpeándolos hasta hacerles perder el sentido y tapándoles la boca con una mordaza de cuero, sin duda temerosos de sus conjuros.

Un poco más allá, apoyada contra otra piedra tallada, Nefira no dejaba de removerse y gruñir, pugnando inútilmente con sus ligaduras. Tóluk y sus hombres se habían mostrado algo más corteses con ella, quizás porque habían luchado y sangrado juntos bajo el blasón del Campeador en la batalla librada contra los devotos del Vengador. Pero, tal vez por esa misma razón, se habían apresurado a quitarle su afilada *qitamn* y la habían inmovilizado con el doble de cuerdas que a los demás.

Aunque apenas podía menearse, Nefira no cejaba en su empeño por liberarse, bufando como un animal enjaulado. Sus ojos verdes, brillantes de rabia, se posaron en Erban, y éste respondió con un mudo gesto de desesperación.

En menudo aprieto nos vemos. Y nos faltaba tan poco...

* * *

La travesía a través de Moi'xian había sido inusualmente tranquila. A pesar de las advertencias de Möngdi, no habían visto la menor señal de que alguien les persiguiera, y después de varios días habían refrenado un poco el ritmo para no agotar a sus pequeños caballos moijures. Pero no demasiado, porque los cuatro tenían todavía muy presente la debacle de su último encuentro con Sinàh-heptú, y sabían que cualquier retraso en llegar a Alberanir y hallar el último *Pentakros* resultaría fatal.

Espoleados por ese temor, habían viajado durante semanas a través de las estepas, vadeando riachuelos y remontando pequeñas colinas, cabalgando de sol a sol sin apenas descanso y durmiendo bajo el cielo estrellado en cualquier lugar que les ofreciera un poco de abrigo contra el relente nocturno. A lomos de aquellos caballos paticortos, que parecían incansables mientras tuvieran agua fresca y pastos abundantes

(cosas que no escaseaban en aquella tierra agreste), los cuatro habían atravesado las planicies sureñas de Mo'xuun y las onduladas llanuras de Xoubei, cruzando así el mismísimo corazón de los dominios de Moi'xian en su camino hacia Alberanir.

Y, sin embargo, a pesar de recorrer leguas y leguas de estepa, sólo en contadas ocasiones habían visto señales de algún asentamiento o habían divisado algún grupo de jinetes cabalgando en la lejanía. Los moijures vivían en verdad dispersos en sus tierras, lo cual era de agradecer pues así se evitaban un mal encuentro.

Con todo, al décimo día de marcha, justo cuando se habían detenido a comer algo, una partida de *keselig* armados hasta los dientes había caído sobre ellos y, por un momento, habían visto sus peores temores hechos realidad. Por fortuna, aquellos hombres nada sabían de la reciente batalla o de la muerte de Berküdei, y el salvoconducto facilitado por Mōngdi había bastado para que picaran espuelas hacia el sur tras despedirse amigablemente de ellos.

Pocos días después, al atardecer, se habían topado con un numeroso clan que dirigía sus rebaños hacia el oeste, y de nada habían servido sus intentos de escabullirse sin ser vistos. Los moijures se habían mostrado recelosos al principio, pero de nuevo el sello del Campeador había mostrado su valor, hasta el punto de conseguirles una cena de cabrito asado aderezada con algunos consejos.

—No vayáis al este, ni dejéis que vuestros caballos coman de los pastos verdes que brotan en las planicies de Bengshí y más allá —les había prevenido el kan de aquel clan, un anciano de largos bigotes y barba retorcida—. Dicen que hombres y bestias mueren por cientos en aquella región, famélicos a pesar de tener las tripas hinchadas de agua y alimento.

—No vayáis al este —había coreado el resto de moijures con voces trémulas y miradas teñidas de inquietud—. Está maldito.

Y con aquella ominosa advertencia se habían despedido de ellos antes de proseguir su viaje hacia poniente.

Descontando estos encuentros fortuitos, los cuatro habían cabalgado en soledad por aquellas llanuras interminables, sin más compañía que las aves del cielo o la visión fugaz de una manada de antílopes. Había sido una travesía tranquila, en efecto, pero también plagada de recuerdos dolorosos, sueños intranquilos y temores insidiosos que los cuatro rumiaban en silencio durante las largas horas de marcha. Lo cierto es que apenas habían hablado durante el viaje más allá de lo imprescindible, como si se

hubieran puesto de acuerdo para no poner en palabras sus fracasos pasados ni sus miedos futuros.

Erban, en particular, apenas había abierto la boca durante días, ahogado por el intenso desasosiego que le causaba la pérdida del *Spetión*. Ciertamente que esa indescriptible melodía seguía resonando por sus venas, pero no era más que un eco que casi le atormentaba más que el silencio inicial, como la gota de agua que apenas humedece los labios de un sediento. Sinàh tal vez no le hubiera arrebatado todo, pero sólo ahora se daba cuenta de cuánto había llegado a depender de la Lanza y sus extraños poderes.

Peor todavía habían resultado las noches pues, aunque nunca tardaba en dormirse debido al cansancio, enseguida le asaltaban sueños convulsos en los que revivía el enfrentamiento con Sinàh en la tienda del *Xiin'zu Usij*. En más de una ocasión se había despertado antes del alba, tiritando de frío y con la frente perlada de sudor, creyendo sentir todavía el roce gélido de la hoja del *Spetión* en su cuello.

Y, sin embargo, a pesar de la sensación de pérdida y fracaso, a pesar del miedo que sentía cada vez que recordaba las terribles visiones del *Katarkió*s, esa pequeña ascua en sus entrañas no se había extinguido aún. Los susurros del *Spetión*, por tenues que fueran, parecían avivarla en sus momentos más amargos, animándole a seguir caminando, siempre adelante sin importar cuán oscuro fuera el sendero que se dibujase ante él. Resuelto a detener a Sinàh-heptú antes de que se apoderara del Cognós.

Resuelto a no rendirse mientras le quedase un hálito de vida.

* * *

Les había llevado unos treinta días, pero por fin habían alcanzado los límites de *Moi'xian*, allí donde las estepas se fundían con las primeras estribaciones de las *Bereskair*. Al atardecer habían acampado junto a aquellas piedras talladas que, según *Nefira*, marcaban los límites entre *Alberanir* y *Moi'xian*, y habían dado cuenta de unos trozos de queso rancio y tasajo reseco para recobrar fuerzas.

Con el estómago medio lleno, y por primera vez desde que abandonaran el campamento *moijur* al amparo de la noche, los cuatro habían charlado animadamente durante un buen rato. Ya fuera por el alivio de alcanzar su destino después de una travesía agotadora, o simplemente porque sus espíritus atribulados lo necesitaban, Erban y los demás habían compartido más palabras en una sola velada que en todas las

semanas precedentes. Incluso alguna que otra risa contenida había roto el silencio del ocaso.

Todavía se demoraba el sol en el horizonte cuando se habían echado a dormir, tan exhaustos y tan confiados en que ya no había peligros a sus espaldas (los que aguardaban frente a ellos eran otro cantar, pero podían olvidarlos por una noche) que habían descuidado toda precaución. Así, Tóluk y sus jinetes los habían pillado completamente desprevenidos, cayendo sobre ellos como lobos abatiéndose sobre un antílope herido. Antes siquiera de entender qué ocurría, los cuatro se habían visto atados de pies y manos.

Siete jinetes componían la cuadrilla de Tóluk. Seis de ellos comían y charlaban despreocupadamente junto a su capitán, sentados en torno a una pequeña hoguera de bosta de caballo. El séptimo se mantenía al margen y no quitaba ojo de encima a los prisioneros, con el arco en el regazo y una aljaba repleta de flechas al alcance de la mano.

Erbán esquivó la mirada atenta del centinela y se removió, impaciente. Möngdi les había advertido de que algo así podía ocurrir, y habían cometido la imprudencia de creer que la persecución se detendría al llegar a la sombra de las montañas. Ahora se verían arrastrados hasta Samekar, la capital de los moijures y única ciudad digna de tal nombre en la estepa, para enfrentarse al juicio de su soberano. ¿Les creería el Khanag, o los castigaría por la muerte de su Campeador? Erbán no se hacía muchas ilusiones.

Habría que estar loco de remate para creerse ni la mitad de lo que nos ha pasado.

Una punzada de temor le atravesó el pecho, mezclándose con la desazón que hormigueaba bajo su piel. Cerró los ojos y suspiró, buscando alivio en ese rincón de su mente que compartía con Ízim. Al menos esa conexión no se había debilitado con la ausencia del *Spetión*, sino que se fortalecía día a día. Como si de un sentido agudizado por la pérdida de los demás se tratase, al instante le inundó la urgencia que dominaba los pensamientos del alcotán.

Su amigo se había marchado lejos, sobrevolando el cielo del atardecer en busca de una presa. Erbán lo había llamado instintivamente al verse maniatado por los moijures, y ahora Ízim regresaba tan veloz como le permitían las corrientes de aire y sus esbeltas alas de plumaje gris. La determinación del alcotán le reconfortó, aunque al mismo tiempo le preocupó porque, ¿qué podría hacer él contra ocho hombres armados?

Date prisa, Ízim... pero no cometas ninguna estupidez.

El alcotán replicó con un chillido de aliento, y por un instante los sentidos de ambos se mezclaron y Erban escuchó el silbido feroz del viento y entrevió la estepa teñida de sombras que se deslizaba veloz allá abajo, ondulada como un mar embravecido.

Tan absorto estaba compartiendo lo que Ízim percibía que no se percató de que uno de los moijures, odre en mano, se había acercado a Nefira y le hablaba en la lengua común con voz pastosa.

—Yo peleé a tu lado —balbuceó, señalándola con un dedo tembloroso—. Te llamé *Zan`xiöq*... hermana de acero... ¡Juntos cabalgamos a la batalla!

—Como me suelte ya te daré yo batalla, imbécil —siseó Nefira, fulminando con la mirada al jinete. Pero éste no la oyó y siguió barbotando:

—Nos has dado la espalda... ¡¿Por qué?! ¡¿POR QUÉ?! —aulló, tambaleándose hasta casi caer sobre la iracunda guerrera—. ¡¿Por qué ayudas a este... este *Xiàh tuu*?! —farfulló, girándose hacia Erban y arrojando el odre vacío a sus pies atados—. No me mires así, porque eso es que eres: ¡*Xiàh tuu*, traidor y asesino!

—¡Yo no maté a Berküdei! —insistió Erban, aun sabiendo que no iba a servir de nada.

—Tu palabra no vale ni la boñiga de una cabra, *Xiàh tuu* —replicó el jinete, escupiendo al suelo. Y desenvainando su sable, se volvió hacia sus camaradas—. ¡Yo digo que lo matemos aquí y ahora! ¡*Chié`tsi`ù* Berküdei! ¡Justicia para nuestro supremo kan y Campeador!

—¡*Hià*, *chié`tsi`ù* Berküdei! —corearon algunos, poniéndose en pie y empuñando sus arcos. Otros, en cambio, se opusieron con gestos y voces en las que Erban apenas logró distinguir la palabra «Khanag». La discusión subió rápidamente de tono, pero antes de que deviniera en pelea, Tóluk le puso fin con un grito atronador y un gesto tan imperioso que hasta el moijur borracho, que había seguido aullando y blandiendo su hoja a escasos centímetros de la cara de Erban, se apresuró a envainar y a sentarse de nuevo junto al fuego.

Erban ahogó un suspiro de alivio y, muy a su pesar, sintió una pizca de gratitud hacia Tóluk por haber detenido su ejecución sumaria. Pero entonces recordó cuánto deleite había mostrado el capitán moijur ante el ajusticiamiento de los dos kemoníes capturados (y cuánta decepción al ver que Berküdei los perdonaba), que esa chispa de agradecimiento se deshizo como una voluta de humo en el viento.

Seguro que estará en primera fila cuando el Khanag ordene que nos echen a los pies de los caballos.

Después de la breve pendencia, los moijures no tardaron en prepararse para pasar la noche. Tras comprobar cuidadosamente las ligaduras de los prisioneros y atender a sus caballos, se tumbaron en torno a la hoguera. Erban trató de aprovechar el momento para intercambiar alguna palabra con Nefira (pues los dos hechiceros seguían fuera de combate), pero Tóluk le oyó y se plantó entre ambos.

—Nada de charla, *Kairnós* —advirtió, sus ojos relucientes de desdén—. ¿O debería decir... *Xiàh tuu*? Sí, me gusta cómo suena. Ese borrico de Hülug ha dado en el clavo. Me aseguraré de que lo graben en la estela bajo la que reposarán tus huesos. Te prometo que pronto todos los clanes de Moi'xian lo repetirán de un confín a otro de las estepas. Ahora más vale que te duermas y no alborotes, *Xiàh tuu*, o mi caballo te arrastrará todo el camino hasta Samekar.

Tóluk acompañó aquella amenaza con una bofetada más insultante que dolorosa, tras lo cual le dio la espalda y volvió junto a sus hombres.

Los últimos vestigios del día se apagaron, la oscuridad nocturna devoró la estepa, y pronto todos los moijures se echaron a dormir a excepción de Tóluk, que se encargó de la primera guardia. Sentado en la penumbra, dibujaba una silueta lóbrega y corpulenta, y tan inmóvil que casi parecía otra roca tallada. *Tal vez se duerma*, pensó Erban, pero no se hizo ilusiones. A pesar de la oscuridad, casi podía sentir los ojos de Tóluk clavados en él como afiladas dagas.

Un profundo silencio se adueñó de la noche, sólo roto por algún ronquido ocasional y el tenue susurro del viento. Erban sintió que le invadía el sueño, pero apretó los dientes y se retrepó contra la fría piedra tallada. No podía permitirse dormir ahora que sus vidas pendían de un hilo. De pronto oyó a su lado un rumor y un gemido ahogado, y supuso que Erixëa estaba despertando al fin. No quiso imaginar el pánico que sentiría al verse atada y amordazada en la oscuridad.

Tóluk también la oyó, porque se puso en pie y se acercó a la hechicera con paso sigiloso. Inclinandose sobre ella, la cogió de los cabellos rizados y le habló en su lengua, un susurro venenoso que provocó un sollozo de angustia.

—¡Déjala en paz! —gruñó Erban, forcejeando rabiosamente con sus ataduras. El capitán moijur le miró de soslayo y soltó a Erixëa, para acto seguido acuclillarse junto a él al tiempo que desenvainaba un cuchillo de hoja estrecha y afilada.

—¿No te he dicho que te calles, *Xiàh tuu*? Tal vez debería cortarte la lengua para asegurarme de que guardas silencio. Dudo que a mi señor el Khanag le importe.

Erban sintió el frío roce del acero en sus labios, casi tan gélido como el desprecio que asomaba a los ojos rasgados de Tóluk. Pero no fue la amenaza del moijur lo que le hizo enmudecer, sino el entusiasmo y la cólera de Ízim. El alcotán por fin había llegado y caía en picado hacia ellos, raudo como una flecha.

La sensación cortante del viento en las plumas resultaba tan embriagadora que Erban a punto estuvo de chillar, exultante. Por suerte, logró contenerse y sostuvo en silencio la mirada de Tóluk mientras trataba de pensar a toda prisa.

—¿No dices nada, *Xiàh tuu*? —se mofó el capitán moijur, abriéndole a la fuerza la boca con una mano de dedos encallecidos—. ¿Te has tragado la lengua para que no te la corte?

Tentado estuvo de dejar que Ízim le sacara los ojos a aquella sabandija, pero sabía que de nada serviría si sus gritos despertaban a los demás moijures. Mientras trataba inútilmente de zafarse de la presa, pidió al alcotán que descendiese junto a Nefira e intentara cortar sus ataduras a picotazos.

¡Pero no hagas ruido! Sólo tendremos una oportunidad.

Aunque pudo sentir su decepción, Ízim le hizo caso y abrió las alas, deteniendo su ataque cuando apenas faltaban unos pocos metros para alcanzar a Tóluk. Con un brusco giro, tan osado como silencioso, viró hacia Nefira y se posó tras ella, atacando las ligaduras de sus muñecas. La guerrera dio un pequeño respingo, pero captó al instante lo que ocurría y guardó silencio.

—Es mi última advertencia, mocosos —gruñó Tóluk, soltándole al fin y guardando su cuchillo—. Una palabra más durante la noche, y será la última que pronuncies.

El capitán moijur se incorporó, y justo en ese momento se oyó el chasquido del pico de Ízim, un crujido seco y apagado que, sin embargo, resonó con claridad en el silencio de la noche.

Angustiado, Erban contuvo el aliento y miró de reojo a Tóluk, quien se había quedado inmóvil y parecía escuchar atentamente, al tiempo que llevaba sus manos hacia la espada curva que pendía de su cinturón.

¡Tengo que distraerlo!, pensó Erban, e ignorando las amenazas del capitán moijur, arrancó a hablar de lo primero que se le pasó por la mente.

—Ni siquiera estamos ya en Moi'xian —protestó con voz queda, dando unos golpecitos con el codo en la piedra tallada—. ¿Con qué derecho nos persigues más allá de tu tierra?

¡Menuda estupidez! Anda que como ésas sean mis últimas palabras...

Al menos sirvieron para llamar la atención de Tóluk. Tras echar un último vistazo receloso a la oscuridad que los rodeaba, el moijur volvió a mirarle y frunció el ceño, pero de momento no sacó su cuchillo.

—¿Lo dices por esas tallas? —masculló—. No son más que una advertencia para los alberaníes. Esos paliduchos de pelo cenizo saben que les espera la muerte si se atreven a dar un paso en la estepa. Pero los dominios de Moi'xian alcanzan hasta donde huellan las pezuñas de nuestros caballos, que no se te olvide.

Sin embargo, Erban se percató de que bajo aquella bravata palpitaba una nota de inquietud, visible en las miradas furtivas que Tóluk lanzaba hacia la negrura de las montañas.

—No te creo —susurró, decidido a mantenerlo distraído a toda costa—. Me parece que tienes miedo de los caballeros de Alberanir, y por eso estabas tan desesperado por atraparnos antes de que cruzásemos los límites de la estepa. Sabes que os aplastarán como a insectos si os atrevéis a entrar en sus dominios.

Tóluk ahogó un gruñido de rabia y se inclinó sobre él, tan cerca que sus rostros casi se tocaron y su aliento de leche agria le arañó la garganta.

—Yo no tengo miedo a nada, chiquillo insolente —siseó con voz ronca de ira—. Soy un *keselig* y un hijo del clan u-Tümloq, descendiente de kanes y grandes guerreros y cazadores de la estepa. Pero qué vas a entender tú, *Xiàh tuu*, miserable gusano que mató a traición a un gran hombre.

—Yo no maté a Berküdei —repitió Erban por enésima vez. Algo rugió en sus entrañas, una llamarada súbita que vibraba con las melodías indescifrables del *Spetiòn*. Por un momento se olvidó de Ízim, de sus amigos y de la peligrosa situación en que se encontraban, y se enfrentó a la mirada de aquellos ojos iracundos—. Le mató un hombre que conspira para apoderarse del Cognós, un malvado brujo que provocará la destrucción de toda Helárisos. Y yo soy el único que puede evitarlo. Pero qué vas a entender tú, patán sin seso.

Por un instante, Tóluk pareció profundamente impresionado por tales palabras. Pero al momento su rostro se congestionó en una mueca de cólera y, desenvainando su

cuchillo con la mano derecha, agarró a Erban por el mentón con la izquierda y le obligó a abrir la boca de un tirón tan fuerte que casi le desencajó la mandíbula.

—Te lo advertí, niño.

Erban trató de resistirse, pero el moijur era demasiado fuerte. La hoja de acero se alzó, negra como la noche que los envolvía.

De pronto, una mano se cerró sobre la muñeca de Tóluk y la retorció con un rápido movimiento, haciéndole soltar el cuchillo. Antes de que el jinete pudiera reaccionar o dar la voz de alarma, un certero puñetazo le alcanzó en la sien y lo derribó.

—Eso por quitarme mi espada, pazguato —masculló Nefira, libre al fin de sus ligaduras.

Pero Tóluk era más duro de lo que parecía y se revolvió como un gato, rodando por el suelo pedregoso para ponerse en pie de un salto fuera del alcance de Nefira. Hizo ademán de gritar para despertar a sus hombres... y la voz se le quebró en un ridículo gañido.

Erban miró asombrado al moijur, cuyos repetidos intentos de proferir un grito se desinflaban en aquel quejido mortecino. Pero entonces se percató de que Ízim había liberado también a Erixëa quien, de pie tras Nefira, apuntaba con las manos a Tóluk. Un vistazo a su mueca de intensa concentración bastó a Erban para entender lo que ocurría.

¡Lo ha cazado con una trampa de tiempo!

—¡Que no se te escape! —advirtió Nefira en un susurro, mientras se apresuraba a coger el cuchillo y a cortar las ataduras de Erban—. Si despiertan los demás, estamos perdidos.

Erban se puso en pie, frotándose las muñecas doloridas. Nefira le dio una palmadita en el hombro, dejando asomar una sonrisa a sus labios.

—Buena jugada con Ízim —dijo con voz queda, y le pasó el cuchillo—. Toma esto y libera a Aikón. Yo me encargo de los caballos.

Y sin esperar respuesta, se alejó con paso sigiloso hacia el lugar donde pastaban tanto sus monturas como las de Tóluk y sus hombres. Erban se arrodilló junto al hombrecillo y se dispuso a cortar sus ligaduras. Mientras lo hacía, notó las garras de Ízim en su hombro y un suave picotazo en la oreja.

Lo has hecho muy bien.

El alcotán no dijo nada, pero pudo sentir su satisfacción como un redoble de tambores en el fondo de su mente. Tras unos instantes de forcejeo, logró rasgar la última soga y le quitó la mordaza a Aikón. Éste se removió y entreabrió unos ojos vidriosos.

—¿Qué... qué diantres...? —farfulló, desorientado—. ¿Dónde...?

—¡Habla bajo! —masculló Erban, tapándole la boca—. O mejor, no digas nada.

Aikón le miró de soslayo, parpadeando varias veces, y asintió con gesto desmañando.

—Para parlamentos estoy yo, compadre...

Erban le ayudó a ponerse en pie y lo condujo junto a Erixëa, quién seguía manteniendo a Tóluk atrapado en el *crónvato*, soltando aquellos lastimosos gañidos.

—No creo que pueda aguantar mucho más —musitó la hechicera. Una fina capa de sudor perlaba su frente, adornada con el lazo sin fin de los Navegantes del Tiempo.

—Ni nosotros... —cuchicheó Erban, mirando inquieto hacia los jinetes, bultos borrosos tendidos en torno a los restos de la hoguera. No necesitaba los finos oídos de Ízim para darse cuenta de que sus ronquidos se habían vuelto irregulares y algunos comenzaban a agitarse demasiado.

En ese momento, un rumor de cascos y relinchos rompió la quietud de la noche. Nefira regresó al trote, tirando de las riendas de los tres caballos restantes, y se detuvo junto a la piedra tallada.

—¡Deprisa, montad! —gritó, soltando las riendas y desenvainando la *qitamn* de hoja curva—. He espantado a sus caballos, pero eso no los detendrá por mucho tiempo.

Ahora sí, con semejante escándalo los moijures despertaron y comenzaron a dar voces y a buscar sus arcos. Erban tiró del hombrecillo, todavía aturdido, y lo ayudó a montar mientras Nefira cargaba contra los apabullados jinetes, profiriendo feroces aullidos para amedrentarlos. Al mismo tiempo, Erixëa soltó la trampa temporal y, antes de que Tóluk pudiera reaccionar, saltó sobre él y le sacudió un puñetazo en plena nariz. No fue tan fuerte como el que Nefira le había propinado un poco antes pero, confuso como estaba por los efectos del *crónvato*, bastó para tirarlo al suelo.

—¡Eso es por todos los *kugemin* de Moi'xian! —gritó la hechicera mientras montaba con agilidad en su caballo.

—¡Larguémonos de una vez! —exclamó Erban, hincando los talones en los costados de su montura—. ¡Hacia las montañas!

Dicho y hecho, los cuatro se arrojaron a un galope a ciegas en dirección al muro oscuro y amenazador de las Bereskair. A sus espaldas resonaron gritos, amenazas e insultos, entre los que destacó la voz tonante de Tóluk aullando como un lobo herido. Pero no tardaron en dejar atrás aquel griterío y pronto se vieron cabalgando por una suave pendiente, bajo las ramas de unos esbeltos pinos de espeso follaje. La oscuridad

era allí tan cerrada que apenas veían por dónde pisaban, y los caballos redujeron la marcha a un paso lento y cauteloso. La pinocha seca crujía bajo sus cascos.

—No podemos seguir así, no se ve tres en un burro —maldijo Nefira.

—Ni cuatro asnos a caballo —graznó Aikón, frotándose el chichón de la cabeza con ademán lastimoso.

—Tal vez deberíamos parar y escondernos hasta que salga el sol —sugirió Erixëa.

—Tóluk y sus hombres no esperarán al alba —replicó Erban—. En cuanto recuperen sus caballos, nos perseguirán sin descanso. Debemos seguir.

—No podemos hacerlo a ciegas —objetó Nefira, palpando su macuto en busca de la lámpara de rastreador. Pronto la suave luz cerúlea iluminó su camino entre los árboles, y reemprendieron la marcha al trote.

—Con semejante faro delatando nuestra posición, esos moijures lo tendrán fácil para seguirnos el rastro —rezongó Aikón—. Espero que aprecien nuestra gentileza cuando volvamos a caer en sus garras.

—¿Tienes una idea mejor, hechicero? —respondió Nefira, mirándole con enojo por encima del hombro.

—La tendría, si no fuera por el guantazo que me han sacudido esos salvajes. Aún me da vueltas la cabeza. Por no hablar de que llevo semanas bebiendo solamente agua, como si fuera un vulgar pato...

Aikón alzó una mano y unas llamas amarillas bailaron entre sus dedos por unos instantes, antes de apagarse con un suspiro.

—¿Lo ves? —musitó con voz quejumbrosa—. No podría quemar ni un manojito de hojas secas. Necesito un trago.

—Pues como no lo fermentes tú mismo... —masculló Erban.

—No desesperes, compadre —respondió el hombrecillo, esbozando una sonrisa traviesa—. Los albanes son reputados maestros cerveceros, y sus dioses se toman muy en serio las viejas normas de la hospitalidad. Cuando demos con ellos...

—Ya lo hemos hecho —cortó Erixëa, tirando de las riendas. Una mueca aprensiva se había apoderado de su rostro.

—¿Qué quieres decir...?

—¡*Staaaj!* —resonó una voz fiera entre los árboles—. ¡¿*Vas unde dair?!!*

Sin darles tiempo a reaccionar, una docena de hombres armados con lanzas asomó tras los troncos de los pinos y los rodeó. Eran guerreros de elevada estatura, tez

pálida y cabellos claros, aunque más parecían espectros de color añil bajo el resplandor de la lámpara de rastreador. Erban se llevó por instinto la mano a la espalda, y sintió cómo se le retorcían las entrañas al recordar que ya no tenía el *Spetión*.

—¡No os mováis, intrusos! —ordenó uno de aquellos hombres en la lengua común, apuntando con su lanza a Nefira—. Lamentaréis el día en que os adentrasteis en Alberanir.

La guerrera frunció el ceño y separó lentamente la mano de la empuñadura de su espada.

—Pues sí que son hospitalarios... —masculló entre dientes, sin apartar la mirada de la afilada moharra.

El hombrecillo sacudió despacio la cabeza, borrado ya todo rastro de sonrisa irónica en sus labios.

—Si un palmo de acero es todo lo que puede esperar un viajero cansado, es que el mundo se encamina de veras a su destrucción.